

Lic. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovico Videla, Prof. Carola Blaquier, Mons. Juan Carlos Maccarone, Mons. Eugenio Guasta, P. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Prof. Cristina Corti Maderna, Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Lucio Florio (La Plata).

*Director y editor responsable:* P. Dr. Alberto Espezel

*Secretaria de redacción:* Prof. Cristina Corti Maderna

# COMMUNIO

- Creación y ecología* 3
- Hans Urs von Balthasar* 5 **Creación y Trinidad**
- Leonor Colombo de Cudmani* 13 **La creación y el universo de la física contemporánea**
- Hans Eduard Hengstenberg* 27 **Evolucionismo y doctrina de la creación**
- Fernando Ramírez Rossi* 38 **Diálogo entre el imaginario colectivo y un paleontólogo sobre "El origen del hombre"**
- Luis Baliña* 59 **Perplejidades de un filósofo ante un paleontólogo**
- Lucio Florio* 61 **Creación y Mundo Sacramental**
- Peter Henrici* 73 **Hombre y naturaleza en la era técnica**
- Juan B. Terán* 83 **Ecologistas tucumanos "avant la lettre"**
- Alberto Espezel* 84 **La mirada de Guardini**
- Julia Alessi de Nicolini* 93 **Dios en nuestras manos (los gestos del amor)**
- Luis Baliña - Alberto Espezel* 95 **Testimonios: José María de Estrada**

---

# Creación y Trinidad

*por Hans Urs von Balthasar*

**I.** Las afirmaciones del Nuevo Testamento de que Cristo es "el Primogénito de toda la creación", que "todo ha sido creado por El y en El" y que "todo tiene en El su consistencia" (Col.1,15-17), que Dios lo "instituyó heredero de todo, por quien también hizo los mundos" (Heb.1,2), que "todo se hizo por la Palabra (que estaba en Dios) y sin ella no se hizo nada de cuanto existe" (Jn.1,1-3), son la única justificación de fe de que Jesús es el Hijo eterno de Dios. Y esta fe expresa que así como Jesús designa creador a su Padre, así también designa al Espíritu Santo, enviado por ambos y distinto de ambos, que perfecciona y gobierna el mundo creado por el Padre y el Hijo.

Esta unión de la forma trinitaria de un Dios único en la encarnación hace que la idea de una fundamentación trinitaria de la existencia, figura y sentido de la creación en la historia del mundo, deba ser sin analogía. Las analogías histórico-religiosas ("Trimurti" como tres aspectos del ser y del obrar divinos) ni pueden ser comparables ni pueden tener legítimos grados anteriores (como cuando se habla en el comienzo del Génesis (1,1-3) de un Dios creador, de su Palabra creadora y de su Espíritu aleteando sobre las aguas del caos, o también cuando en el fin de la antigua alianza en el libro de la Sabiduría (1,5;7,22), su "Sabiduría poderosa" y el "Espíritu Santo" son distinguidos del Dios creador: ellos son sólo aspectos del único creador); ni tampoco se puede, por tanto, sentar un esquematismo como fundamento de toda filosofía, que documentalmente se desarrolla gradualmente a través de la historia y que encuentra en la figura de Jesús su fundamentación justificativa definitiva de todo lo anterior (Hegel). Para llevar adelante el sistema mencionado, se debe poner en forma antitéticamente

equivalente el igualmente abstracto y estético (porque no se admite ninguna encarnación definitiva) politeísmo de los griegos. Desde donde se da la concreta síntesis cristiana, en la que son afirmadas tanto la verdadera encarnación de Dios, como la estructura trinitaria de Dios, ambas afirmadas en forma opuesta y conjunta. En una visión tal (la visión hegeliana), la forma definitiva y la manifiesta cima del mundo eran el resultado de una intención que se desarrolla dialécticamente a partir de su comienzo: el proceso evolutivo del mundo marcha a partir de Cristo (como síntesis definitiva de Dios y el mundo), dicho de otro modo, el proceso de la naturaleza coincide con el suceso de la Gracia.

Ahora, en presencia de esta filosofía y teología que ven el devenir del mundo (y de Dios), debemos repensar de nuevo en la afirmación de la Escritura citada al principio. Ella –la Escritura– parece hablar diversamente de la verdad de la sistemática de Hegel, y a partir de ella pueden también ser recogidos la Trinidad veterotestamentaria Dios-Sabiduría (Verbo)-Espíritu, e incluso las sombras de esquemas trinitarios en los otros esbozos filosófico-religiosos.

Pues en primer lugar, Pablo dice expresamente que el mundo todo no está fundado en un Logos (de Filón), sino fundado en Cristo, como en algo que es alcanzado recién a través de un devenir del mundo, y exige, por lo tanto, propiamente, necesarios grados de aproximación. Pues podría corresponder en el paulinismo, que él se refiere prolépticamente (anticipativamente) ya a la fe de Abraham, y más allá de los límites de Israel a este Cristo, tanto que parecería Cristo el despliegue de esa fe de 'Abraham (*eductio formae ex potentiae materiae*): "Abraham et semini tuo, qui est Christus" (Gal.3,16).

En segundo lugar, en el comienzo de la carta a los Hebreos, se eleva la manifestación de la imagen de Dios en Cristo histórico como el heredero universal, que primero obra "la purificación de los pecados y luego se sienta a la diestra de la majestad de Dios" (1,3), desde el "distinto y diverso" hablar de Dios a los padres "por medio de los profetas", de modo que Cristo de nuevo y de manera nueva aparece como la síntesis de esa diversidad.

En tercer lugar, no existe exegéticamente ninguna duda de que el Logos joánico, en Jn.1,14, no es situado en oposición al encarnado, del que se ha dicho en los vs.10 y 11 que "estaba en el mundo", y más claramente: "vino a su casa". Juan no indica con esto a un Logos "sin carne" (*asar-kos*), más bien, su primera afirmación señala ya desde el comienzo a la se-

gunda. Esto se confirma de nuevo por la previsión del día de Jesús por parte de Abraham (Jn.8,56), como también mediante la afirmación de que Moisés ha escrito sobre El (Jn.5,46), y que sólo a partir de Él sería verdaderamente comprensible.

Pero frente a todo esto hay que sostener que la unidad de la Creación "en Cristo" y su Encarnación, visible en estos textos, no implica algo así como un desarrollo gradual evolutivo y una aproximación a la finalidad de la Encarnación a modo de anuncio. Que la creación no pueda acontecer en la persona histórica de Jesús de Nazareth, sino a lo sumo en consideración a El no necesita ninguna prueba. La visión bíblica del mundo, que sólo reconoce una relación interna con la Encarnación en la espera histórica de la antigua alianza, se sitúa frente a una corriente contraria: para los no judíos, el juicio de un posible desconocimiento del Creador o su ignorancia o "esta confusión de la verdad con la mentira" (Rom.1,28). Para el espacio judío por la obra de la Ley, que "acumuló sobre sí los pecados" (Rom.3,20). En la comprensión bíblica, el que aparece en la Trinidad que se revela como el no aceptado, el rechazado, el crucificado por todos los pecadores. Y precisamente como esto es previsto en el plan de la creación del mundo: como el cordero degollado desde antes de la creación del mundo –para la redención– con su preciosa sangre (1 Co.1,19 y ss.), como el "Hijo amado mediante cuya sangre tenemos la salvación", somos "de antemano destinados por Dios a llegar a ser sus hijos" (Ef.1,4-7).

Sin embargo, se ha de oír luego también la contrapartida de esta afirmación. Que la creación acontezca desde su origen en la Palabra de Dios, se sigue que deba ser que ello ocurra en el punto más alto en que ella se hace hombre, y ello puede aparecer tanto como estática y llena de sentido y como dinámicamente orientada. La posición del ser finito y limitado –creación–, no indica ningún *factum* desnudo, sino en sí mismo epifanía y develación de sí y don de sí de lo absoluto. Esto descansa en la afirmación de que todo ha sido creado por Dios "en el Verbo", "en su Hijo", que es el "destello de su gloria y la expresión de su esencia", donde sólo se hace una afirmación estática sobre lo realizado por Dios. El Verbo (como Logos con la plenitud de las significaciones incluidas en El) es, por tanto, "verdadero" porque es el Hijo, engendrado en el amor, bueno, y "destello de la Gloria".

Bello: el mundo tiene sus propiedades trascendentales a partir de El, que a la vez habla, atestigua y resplandece. Ello existe en el primer comienzo, en el que aún no trasunta nada trinitario, algo así como una pro-

mesa (la componente dinámica); ella es allí captable donde la creatura central, el hombre, es designado como creado "a imagen y semejanza" de Dios (Gen.1,26.27;5,1), con lo que se indica juntamente, en forma clara, la atribución de sentido como orientación a una relación, un diálogo y una fecundidad procedente de la creatura (como analogía al acto de la Creación).

No se debe prescindir, en ningún caso, de esta primera constitución como la propiedad que adviene interiormente a la creatura: sólo en él tiene su exactitud el juicio "muy bueno" (Gen.1,31) del Creador, por mucho que la obra pueda alejarse del bien original en la historia subsiguiente, del "conocer al ser invisible, del poder eterno y la divinidad de Dios" como el Creador (Rom.1,19), de su automanifestación a través de sus "beneficios" (Ap.14,17), y de su diálogo allí comenzado (Gen.3,9 y ss.). En el hablar de Dios y en su Espíritu, la creación es desde el principio, también donde la Trinidad se encuentra oculta aún, el inevitable fundamento para su revelación, que, por nueva que pueda ser en la Encarnación del Verbo, es su perfeccionamiento y no sería posible sin este fundamento. Pero lo que no incluye, para repetirlo aún una vez, que el hombre –desviado en el pecado– pueda construir o postular una "evolución" cognoscible para él, entre creación y encarnación. Cuando en la antigua alianza se descubre al hombre como imagen de Dios, se le prohíbe expresamente "tallarse" una figura de Dios pues ella se asemejaría necesariamente a él y no a Dios, como lo muestran todas las mitologías y el libro de la Sabiduría.

**II.** En toda la teología de la creación, hay a la vez una poderosa luz y un enigma impenetrable, cuando prescindimos de los mitos de la creación, sólo dibujados en su pureza en la antigua alianza (pues en la filosofía desaparece el pensamiento de la creación en favor del monismo panteísta o de la emanación que disminuye su potencia). El enigma consiste en que no puede entenderse por qué el "único Uno" (Dt.6,4) necesita de otro. ¿Por qué también el Uno busca a otro?

En primer lugar, no para responder con el esquema del mandato principal ("Tú debes amar a tu Dios con todas tus fuerzas"), porque una imagen de Dios, en la que Dios desea un amor limitado, sería indigna de El: más profundamente, porque la creación y el estar incluido en el diálogo con Dios son descriptos como puro favor, merced, gracia, como lo opuesto a un sentimiento ávido de autoglorificación.

La pregunta de por qué el no condicionado quiere necesitar al

menesteroso en libertad queda en el nivel de la teología de la creación sin respuesta. Las llamadas soluciones filosóficas son, cuando son fundadas, no sólo comprensibles, sino inevitables. Pues en cada caso, la creación no está a igual altura del Creador; ella está como algo caído (Platón), o como algo aparente frente al ser y, por ello, engañoso. Reflexionando sobre la cuestión planteada aparecen la disolución, la unificación y la mística de la evolución.

Ahora bien, en estas pruebas Israel no queda sujeto a ellas; pero el precio es el renunciar a toda filosofía y dejar subsistir el enigma en todo su rigor (lo más asombroso es su renuncia a un pensamiento sobre la "inmortalidad" como un pasar a la esfera de Dios, pero también es asombroso su dejar pendiente la pregunta tal como queda planteada en el libro de Job). Y esto es una conciencia que se plantea también en el asombro cuando se trata con agria burla a los autores de imágenes de Dios, pero se trata con plena indulgencia a "los buscadores de Dios, que quieren encontrarlo" (Sab.13,6), cautivados por su epifanía en la creación (Sab.13,1-9). En este caso incurre Israel cuando pretende filosofar (Spinoza: Dios = naturaleza), y el paso de allí al mesianismo ateo es pequeño y hasta consecuente. La imagen de Dios se ha idolatrado sin atender a la prohibición de la figuración de Dios.

Del lado de la filosofía no bíblica puede aspirarse a un último equilibrio: el Uno, realmente Unico-Uno que se irradia o emana y obtiene los grados cósmicos (espíritu-alma-materia), y estos grados son caracterizados esencialmente porque aspirando (epistrophé) hacia el Uno, ellos lo anásian (epheis), "si ellos pueden alcanzar algo de El" (Hech.17,27). El equilibrio de Plotino, ganado por un dualismo no suprimible, como místico, en el cual la relación con el Uno es el criterio de verdad, llega como filósofo a la contemplación de toda la esfera del ser: ¿mundo como encarnación y fusión en Dios? También un último y engañoso equilibrio. Aquí puede darse naturalmente un número arbitrario de epifanías y avatares.

La única salida consiste en la encarnación del Hijo de Dios, que en Dios es el "otro", sin romper la unidad del amor esencial, que más bien se muestra como la primera noción de la unidad (como amor), en la fecunda unidad del amor del Espíritu Santo con el Padre. Esta prueba no es otra cosa que la finalidad de la encarnación: la Cruz y, en ella, la glorificación del amor como "Resurrección". Esta prueba proporcionada por Dios consiste no sólo en que en la Cruz es recuperado el mundo pecador y alejado de Dios, sino al mismo tiempo en la plena justificación del hecho de

que la creación puede ser "lo otro" de Dios, porque ella se fundamenta en lo "otro" en Dios mismo (el Verbo), para que sea el uno como amor. La Cruz es ciertamente la salvación del mundo, pero es también en ello una rehabilitación de todas las filosofías frente a la caída y la apariencia, como también la solución del enigma de Israel. ¿Por qué debe Dios ser amado sobre todo? Porque El mismo es el amor absoluto y desinteresado. ¿Y por qué puede clamar a Dios el justo sufriente? Porque Jesús ha dirigido en la Cruz al Padre la pregunta del "por qué".

Se tenga aquí por seguro: la Trinidad es el único presupuesto para una Teología de la Cruz; y la Cruz, por su parte, es la única prueba de la Trinidad, porque en el don del Hijo por el Padre, en el don del Espíritu Santo, proporcionado por ambos como la forma más alta del amor y la "separación" alcanzada por el pecado, allí se muestra que la unidad de Dios es tan grande que ella misma puede destruir y resolver lo antídívino en sí. La noche de la Cruz no es el infierno, sino su derrota. En esta afirmación reside la única teodicea y cosmodicea con fuerza conclusiva.

**III.** Pero en la prisa por llegar a un fin, ¿no hemos pasado por alto un paso de pensamiento? Cuando se sostiene que la Trinidad incluye al otro en la unidad, y por ello fundamenta la diversidad del mundo en su positividad, ¿se ha explicado con ello la existencia del mundo como lo diverso de Dios? ¿No estamos ahora justo ante el enigma del Antiguo Testamento, pero profundizado? Pues si Dios es el amor trinitario, y por ello lo pensable y ejecutable últimamente, ¿para qué todavía un mundo?

Quien se atreve a seguir pensando debe precaverse de preservar la libertad divina en la creación del mundo, y no insistir en una necesidad que busca derivar la creación a partir del amor divino de esta u otra manera. *Bonum diffusivum sui* es un principio que amenaza arrollar esa libertad. Por otra parte, está el adagio que dice que Dios ha creado el mundo para su propia glorificación, lo cual sólo es tolerable cuando se dice que la gloria de Dios consiste en su amor. El principio de una respuesta no puede ser buscado sin tener en cuenta el misterio trinitario.

Sin aproximarse a la libertad de Dios, debe argumentarse a partir de las personas o hipóstasis en Dios, y aquí la revelación nos ofrece un legítimo punto de apoyo. Preguntamos: ¿por qué ha creado Dios, el Padre trinitario, el mundo? Así nos responde el comienzo de la carta a los Efesios: "...dándonos a conocer el misterio de su voluntad, según el benévolo

designio que en él se propuso de antemano, para realizarlo en la plenitud de los tiempos: hacer que todo tenga a Cristo por cabeza, lo que está en los cielos y lo que está en la tierra" (Ef.1,9-10). El Padre ha destinado de antemano al mundo en todas sus dimensiones temporales y espaciales para glorificación del Hijo: El, elevado sobre todo (Ef.4,10; Fil.2,9), debe ser reconocido por todos como el Señor inaccesiblemente elevado, alabado, suplicado. El amor paterno crea también al mundo para glorificar al Hijo.

No se puede suprimir aquí una cuestión intermedia. ¿Qué significa para un mundo ser creado para cumplir con esa glorificación? Un mundo "en el que por el pecado domina la muerte" (Rom.5,13 y ss.), que parece ir de mal en peor, en el que el pecado de Adán y la solidaridad de todos con él ha hecho culpable. Un mundo que ya millones de años antes de los hombres era construido por el consumo del ser de la vida, y que por tanto puede ser valorado como "falso, cruel, contradictorio, engañoso, sin sentido", como "falta de Dios, inmoral, inhumano" (Nietzsche). ¿Se debe considerar el "lamento de la creatura" como una solidaridad anticipada con el pecado de la humanidad que ha de venir o con una de las creaturas del mundo material, teniendo en cuenta esta reflexión con las sublevaciones y perturbaciones de los "poderes y fuerzas del mundo", para así poner a salvo el juicio "muy bueno" del Creador?

Y si nosotros nos decidimos por la segunda solución, que parece arriesgada, ¿se aclara luego que existen "las profundidades de Satán" (Ap.2,24), que no sólo ha de luchar contra lo inhumano, sino contra lo antidivino, y esto sólo con los "preparativos de armas de Dios"(Ef.6,11), y que existe francamente una antitrinidad, que el Apocalipsis describe con precisión (Ap.12,13-20,10)? ¿Cómo puede Dios planear por anticipado tal mundo, tolerar, dejarlo desarrollarse contra Dios, para entregarlo como lo que glorifica al Hijo? Hay que cuidarse de querer atravesar el plan de Dios, olvidando que ha dejado multiplicarse el mal hasta tal plenitud, para que la infinita plenitud del amor del Padre se revele en la Cruz y se muestre por el don de su Hijo. Muchos lugares conducen a tal interpretación: el paciente, indulgente "soportar" (anoché) o "pasar por alto de los pecados cometidos" (Rom.3,25), por parte de Dios, para finalmente mostrar su alianza-justificación en la Cruz, pues Dios permite con ello "que todo alcance el cambio de su sentido"(2 Pe.3,9;cf.Rom.2,4).

Pero también en Pablo, la teología de la historia no es el dejar suceder de la "obstinación" (Rom.11,7) de Israel, necesario preludio de su salvación definitiva (Rom.11,26), sino un suceder de la gracia para la incorpo-



ración salvadora de los paganos. La paciencia frente al mal puede ser así considerada como un medio de Dios para poner en valor el gran amor de Dios en el don de su Hijo (Jn.3,16), a lo sumo como el dejar hacer de la libertad finita hasta su fin finito, para así revelar los "insondables caminos" de Dios (Rom.11,53) que ha pensado ir hasta su infinito fin (Jn.13,1). En esta insondabilidad se ha debido contar el inconcebible dolor del Padre, que se basa en el don de su Hijo.

Se pregunta todavía para qué ha sido creado el mundo por el Hijo, porque "por El todas las cosas y también nosotros hemos sido creados" (1 Co.8,6; Jn.1,3; Col.1,16), así se tiene preparada la respuesta: para que cuando haya puesto a todos los enemigos bajo sus pies y el último enemigo, la muerte, haya sido aniquilado, entregue a Dios Padre el Reino, y con ello Dios sea todo en todos (1 Co.15,24-28). También el mundo existe unívocamente para la glorificación de Dios Padre, a quien la Creación pertenece de modo especial, porque es la causa sin origen.

El Espíritu Santo es llamado no sólo litúrgicamente *creator spiritus*. El es no sólo, al modo del Antiguo Testamento, el "Espíritu del Señor", que "llena todo y, porque reúne íntimamente todas las cosas, conoce toda palabra" (Sab.1,7); el es también a la manera del Nuevo Testamento el realizador del plan de la Creación en cuanto completa la obra de revelación comenzada por el Hijo, y con ello, el don fundante y entrega del amor entre el Padre y el Hijo al mundo, también la obra de creación del Padre: "El Espíritu de la verdad os conducirá a toda verdad; él no hablará de sí mismo", sino que "me glorifica, pues toma de lo mío y lo anuncia (expone) a vosotros. Todo lo que tiene el Padre es mío, por ello he dicho: él tomará de lo mío" (Jn.16,13-15). El es "el amor de Dios derramado en nuestros corazones", que muestra "su amor para nosotros en que Cristo murió por nosotros, cuando aún éramos pecadores" (Rom.5,5-8). Esta concesión por el Padre y el Hijo juntos del Espíritu Santo al mundo creado es la última unión posible de la creación y la Trinidad: "Nosotros hemos recibido el Espíritu, que es de Dios" (1 Co.2,12), con lo que comprendemos que nos ha sido dado por Dios.